



“Un billete de ida y vuelta”

Autor: **Lourdes Burguete Miguel**

Como desde hace más de veinte años, en el primer sábado de diciembre, los antiguos amigos del instituto han quedado en la pista de basket del barrio donde se criaron. Desde entonces el tiempo los ha separado llevándolos por medio mundo: Barcelona, Madrid, Londres, Bruselas... Solo unos pocos quedan en la pequeña ciudad de provincias. Pero desde que Panocho los reunió una lejana Navidad, no ha faltado nadie ni un solo año.

Consuelo suspiró, dolorida, sentada en la acera, rodeada de paquetes. El hombre que le había salvado de ser atropellada se disculpó por haber tenido que empujarla.

-¡Esto de las compras es lo peor de la Navidad! Pero gracias a Dios no ha sido nada grave. Permítame que le acompañe a su casa, va usted muy cargada.

Era cierto. Consuelo había sobrevalorado sus fuerzas. A sus 60 años ya no era ninguna jovencita, aunque en Navidad parecía rejuvenecer. Para ella era su momento del año. Disfrutaba con los preparativos, que comenzaban a finales de noviembre, cuando compraba su primera participación de lotería, que elegía en cada ocasión en función de las fechas que le habían dado suerte a lo largo del año.

De hecho, llevaba en el bolsillo el número que acababa de comprar. Cuando llegó al portal de su casa agradeció nuevamente su ayuda al joven, y tras un momento de duda, sonrió y le alargó el boleto, deseándole que tuviese la suerte que merecía. Y el ascensor se la engulló, a ella y sus paquetes.

Ni siquiera se habían presentado.

En determinadas situaciones, la vida te sorprende. - Pensó él - Es cierto que la solidaridad crea vínculos.

Metió la lotería en el bolsillo y se olvidó del tema, pues en su nuevo hogar, en medio de cajas por desembalar, le esperaban su amigo Andrés, y su esposa. Tras varios días de intenso trabajo todo quedó en su lugar.

El último día, con la satisfacción del trabajo cumplido encargaron unas pizzas, y después salieron a tomar algo. Reparó avergonzado en que se había dejado la cartera en casa, por lo que tuvo que pagar su amigo. Notó un papel en el bolsillo y recordó el billete de lotería. Decidió regalárselo en prueba de agradecimiento.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este documento sin autorización expresa de ANAPAL.

**I CERTAMEN
LITERARIO
DE RELATOS
BREVES
"ILUSIONES"**



Andrés se encontraba días mas tarde en su casa, cuando unos niños llamaron a la puerta, cantando villancicos. Eran los niños de la residencia que vivían en el primer piso, y que año tras año continuaban con la tradición de mantener la ilusión de la Navidad.

Como había olvidado comprar unos dulces para obsequiarles rebuscó en su cartera para darles unas monedas, pero al ver el billete de lotería pensó que sería un bonito gesto regalárselo, y que la suerte decidiese si podía convertirse en algo más.

Se lo dio al mayor de los niños, y se fueron muy contentos. Al llegar a la residencia lo metieron en un bote de cristal, junto con los caramelos y las monedas recogidas. Era viernes por la tarde y Doña Consuelo, la profesora de música ya no estaba. El lunes se lo darían.

Cuando llegó resonaban los números de la Lotería en la cocina. La radio iba recitando los premios que iban saliendo. Doña Consuelo se acordó del número que había regalado al joven que le había salvado de ser atropellada. Era el 15269. El 15 por los años que llevaba trabajando en la residencia, 26 por los que estuvo felizmente casada, y el 9 por los niños que cuidaba y a los que había llegado a querer como hijos. La verdad es que les hubiese venido muy bien que saliese y modernizar la casa de acogida, pero también pensaba que era de justicia dárselo a su salvador. Interiormente le deseó suerte, pero no le dio tiempo a meditar más, pues los niños entraron chillando :

"Lo tenemos, lo tenemos ... "

La radio repetía sin cesar el número agraciado: 15269. Los niños agitaron el boleto, y Doña Consuelo lo leyó alucinada ... Pero ... ¿Cómo era posible? Si se lo había dado a aquel joven ...

Se armó un gran jaleo ... los vecinos, los medios ... Y Doña Consuelo explicando una y otra vez la historia, con los ojos humedecidos por la emoción.

Por la noche, al escuchar las noticias, un joven estupefacto reconoció a la anciana a quien ayudó semanas atrás. Escuchó su historia y comprendió.

De nuevo la suerte había sido justa. Contento se lo contó a su esposa, y le dijo que a partir de ahora comprarían un número todos los años, porque este acontecimiento le había hecho recobrar la ilusión por la Navidad.